

Fundamentación antropológica de la enseñanza religiosa

por Alfonso LÓPEZ QUINTÁS
Universidad Complutense de Madrid

La *catequesis* tiene una doble meta: conocer la doctrina cristiana y participar en la vida religiosa [1]. El cometido de la *clase de religión* es adquirir un conocimiento profundo de tal doctrina y de su incidencia en la vida de las personas y las sociedades [2]. Este conocimiento no puede ser meramente «objetivo», en sentido de incomprometido, pues las actividades más características de la vida personal —las estéticas, las éticas, las religiosas...— sólo se conocen a través de la experiencia de *encuentro*, y ésta parte de una actitud de reconocimiento, respeto, estima y amor. No es, por tanto, justo distinguir la catequesis y la clase de religión de forma tajante, como si esta última hubiera de transmitir los contenidos religiosos con la «objetividad» con que, por ejemplo, en el área del Arte se estudia la Mitología griega y la romana.

La experiencia religiosa cristiana es una actividad propia de una persona que desea llevar a cabo su pleno desarrollo. Conocer las leyes de este desarrollo, sus

distintas fases, sus condiciones, sus frutos y su meta es presupuesto indispensable para hacerse una idea clara y profunda de lo que significa ser cristiano.

Ese tipo de conocimiento es un modo de *sabiduría* que no puede ser objeto de una simple «enseñanza»; se necesita adquirirla a través de diversos *descubrimientos* que cada persona debe realizar interiormente. El profesor de religión debe sugerir a los alumnos las experiencias que han de llevar a cabo, pero el esfuerzo de vivirlas por dentro, como una peripecia personal, nadie puede ahorrárselo.

Se trata de experiencias de «encuentro». Para fundamentar sólidamente nuestro conocimiento de la vida religiosa, nada más importante que analizar el fenómeno del encuentro: en qué consiste, cómo se origina, qué exigencias plantea, cuáles son sus frutos... Las páginas que siguen intentan disponer nuestro ánimo para vivir el encuentro religioso de for-

año LX, n.º 222, mayo-agosto 2002, 285-300
revista española de pedagogía



ma lúcida, capaz de dar alcance a toda la riqueza que encierra.

Situación de desconcierto intelectual y espiritual

El gran humanista y científico Albert Einstein nos hizo esta grave admonición:

«La fuerza desencadenada del átomo lo ha transformado todo excepto nuestra forma de pensar. Por eso nos encaminamos hacia una catástrofe sin igual».

¿Cuál es la forma de pensar que hubiéramos debido cambiar para no correr tamaño riesgo?

El estilo de pensar, sentir y querer que nos está exponiendo a una catástrofe es, sin duda alguna, *el ideal de la Edad Moderna*, que podemos formular así:

«Más ciencia, más técnica, más dominio de la realidad, más bienestar y, consiguientemente, más felicidad».

Este ideal centrado en un tipo de conocimiento dominador y utilitarista reportó inmensos éxitos a la humanidad, pero al final provocó dos hecatombes mundiales.

Tras el primer conflicto (1914-1918) surgió un clamor en toda Europa pidiendo un cambio de ideal. Decenas de pensadores eminentes —los fenomenólogos, los existenciales, los dialógicos...— nos legaron en sus densas y numerosas obras un mensaje esencial que cabría expresar con estas palabras:

«Urge dar un giro espiritual, y sustituir el ideal del dominio por el ideal de la solidaridad, el ideal de la prepotencia por el ideal del servicio».

Este cambio fue llevado a cabo por personas y grupos particulares, pero no llegó a vertebrar la vida de la sociedad, y sobrevino la segunda guerra mundial (1939-1945). En la posguerra se produjo otro clamor a favor de un nuevo ideal, pero tampoco esta solicitud obtuvo el debido eco. La sociedad occidental se encuentra desde entonces en la situación ambigua y menesterosa de quien ha perdido el ideal antiguo y no logra sustituirlo por otro más adecuado a la realidad de personas y comunidades. Hoy no podemos ilusionarnos con un ideal que hizo quiebra trágicamente en dos conflictos mundiales, pero todavía no hemos optado por un ideal nuevo que sea realmente fiable y suscite nuestra adhesión incondicional. Vivimos sin un ideal propio y nos hallamos, consiguientemente, en una situación de extremo desvalimiento.

Hacia 1927, Romano Guardini, un lúcido hombre de frontera, creyó ver en el horizonte la llegada de un hombre nuevo, que ama la ciencia y la hace más humana, cultiva la técnica y la vive de forma más espiritual [3]. Por esa época, Europa ardía en ansias de generar un hombre nuevo, una nueva forma de pensar y de vivir, una época nueva, verdaderamente post-moderna. Ese afán inspiró numerosos libros, con títulos bien significativos: *El hombre nuevo*, *El pensamiento nuevo*, *La nueva época*, *El mundo desde una nueva perspectiva*... [4].

Esta renovación profunda de la vida humana no la llevó a cabo la sociedad occidental por resistirse a cambiar el ideal del dominio, la posesión y el disfrute por el ideal del respeto, la unidad y el servicio. Tal cambio es difícil de asumir en una sociedad que tiende a *dominar*, a tratar las realidades personales como si fueran meros objetos, y, por tanto, a *manipularlas*, *reducirlas de valor*, tratar los temas humanos de modo *superficial*, hablar de temas trascendentes sin contar con la debida preparación (*intrusismo*).

Necesidad de cambiar la actitud ante la vida

De lo antedicho se deriva que la primera tarea del educador ha de ser ayudar a niños y jóvenes a adoptar la actitud correspondiente a las realidades que son superiores a los objetos y no deben ser manipuladas, sino respetadas y valoradas conforme a su alto rango. Esta actitud de respeto, estima y colaboración la denominó «actitud de *nivel 2*». La actitud de dominio, posesión y manejo la considero como «actitud de *nivel 1*».

Si los alumnos no adoptan la actitud propia del *nivel 2*, es vano hablarles de temas de estética, de ética y, sobre todo, de religión. La vida religiosa consiste en una relación de encuentro auténtico con el Dios Trinitario. Se trata de una forma de unión fecunda, basada en la colaboración generosa y el amor. El encuentro es un acontecimiento creativo, que se da obviamente en el *nivel 2*. Desde el *nivel 1* no se puede captar lo que implica el encuentro, qué características tiene, qué va-

lor encierra, qué frutos reporta. Don Juan, el Burlador de Sevilla, se movió siempre en el *nivel 1* y no conoció la riqueza del encuentro. Por eso bloqueó su desarrollo personal y destruyó su personalidad. Dicho en lenguaje religioso, muy propio de los tiempos de la Contrarreforma, «condenó su alma».

Para conseguir que niños y jóvenes cambien la actitud propia del *nivel 1* por la del *nivel 2*, el educador debe promover en ellos la capacidad de admirar la grandeza de las realidades superiores a los meros objetos o cosas, sobre todo la persona humana, vista como fuente de iniciativa, de anhelos, deseos, capacidad de sacrificio, amor generoso, actividad creativa en experiencias estéticas, éticas y religiosas. La persona es un nudo de relaciones sumamente valiosas; no está reducida a los límites de su cuerpo; abarca cierto campo; constituye un «ámbito de realidad» [5].

Suscitar el respeto, la admiración y el asombro ante las diversas manifestaciones de la vida personal (una acción noble, un acto de amor desinteresado, un sacrificio —que supone jerarquizar los valores—, el poder del lenguaje...) es el punto de partida de toda enseñanza eficaz de la religión.

Pero no sólo debemos suscitar el asombro y la admiración ante la grandeza de las realidades personales, sino también de ciertas realidades que no son personas pero tampoco se reducen a meros objetos. Un piano puede ser visto como mero mueble y, por tanto, como objeto. Pero cabe también verlo como instrumento,

como fuente de posibilidades de sonar. En este aspecto, es una realidad que se abre a quien tiene la capacidad de asumir las posibilidades de sonar que ofrece. Al ser abierta, no está cerrada en sí como los objetos y no puede ser delimitada rigurosamente. Se parece más bien a un *campo de realidad* que a un objeto. Por eso la denomino también «ámbito de realidad» o, sencillamente, «ámbito».

De modo semejante, el papel en el que está escrito un poema es un objeto, una realidad asible, delimitable, canjeable, distinta del ser humano y externa a él. Pero el poema, en cuanto obra literaria que podemos asumir de forma activa como principio impulsor de un acto de declamación, no es un mero objeto; es una fuente de posibilidades creativas que dilatan nuestro horizonte espiritual y nos enriquecen. Es asimismo un «campo de realidad», un «ámbito».

Las experiencias reversibles y la intimidad con las realidades del entorno

El descubrimiento de los ámbitos nos descubre un tipo de experiencias sorprendentemente fecundas: las experiencias bidireccionales o «reversibles». Si asumo activamente las posibilidades que me ofrecen las realidades «ambientales», puedo unirme con ellas de modo muy estrecho y fecundo. Figurémonos que leo un poema desconocido y lo aprendo de memoria. Hasta ese momento, el poema era distinto de mí, y distante, externo, extraño, ajeno. Al aprenderlo de memoria y declamarlo creativamente —es decir, con intención de darle toda su

expresividad—, lo convierto en una especie de «voz interior». Parece que surge dentro de mí, como si lo estuviera gestando por primera vez. Sigue siendo distinto de mí, pues yo no lo he creado, pero me es *íntimo*, porque en este momento constituye el impulso interno de mi actividad como declamador. Cuando me percato de que una realidad distinta de mí, externa, extraña y ajena, puede tornarse íntima sin dejar de ser distinta, doy un paso de gigante hacia la madurez [6].

Yo *configuro el poema* en cuanto *me dejo configurar por él*. Estamos ante una experiencia *reversible*, es decir, de doble dirección. Yo soy necesario para dar vida al poema, pero no soy dueño de él, ya que es él quien me ofrece su riqueza expresiva, sin la cual no me sería posible realizar un acto de declamación. Aquí nadie *domina* a nadie. Ambos, poema y declamador, nos ayudamos y complementamos. Se trata de una experiencia *relacional*, ni puramente subjetiva ni meramente objetiva. Es decisivo en clase de religión conseguir que los alumnos se acostumbren a superar el *objetivismo* y el *subjetivismo relativista* mediante un equilibrado pensamiento *relacional*.

Si un niño o un joven estima que lo que él piensa es *su* verdad y no necesita buscar *la* verdad, bloquea su desarrollo ético y, más aún, el religioso. Es, por ello, indispensable preparar su ánimo —su mente, su voluntad, su sentimiento...— para «vivir en la verdad, de la verdad y para la verdad». Pero, de ordinario, ni los niños ni los jóvenes están preparados para comprender el valor que tiene la ver-

dad en orden a configurar su vida diaria. *Sugerirles la forma práctica de descubrirlo es una de las tareas básicas del profesor de religión [7].*

La experiencia reversible de la verdad

Nuestra verdad concreta de seres humanos consiste en *la patentización de lo que somos y lo que estamos llamados a ser*. Debemos la existencia a una *llamada* de Dios y de nuestros padres. Nuestra vida cobra pleno sentido cuando *respondemos positivamente a esa llamada*. Venimos de un encuentro amoroso y estamos llamados a crear encuentros de todo orden. Dios nos llamó a la existencia para que lúcida y libremente cerremos el círculo de la creación fundando modos de unidad valiosos. Tenemos el grande y arriesgado privilegio de no sólo vivir en unidad —como los seres infra-personales— sino de poder y deber crear modos nuevos de unidad con un espíritu de amor.

Nuestra verdad de personas radica en el amor. Vivir en unidad amorosa con las realidades del entorno nos desarrolla personalmente pues somos «seres de encuentro», vivimos como personas, nos desarrollamos y perfeccionamos como tales creando toda suerte de encuentros [8]. No tiene sentido que rechacemos *la verdad*, que es también *la verdad de nuestro ser*, pues de ella pende nuestra propia realización. Al hablar de nuestra verdad, no aludimos a una mera cuestión intelectual más bien abstracta, sino a la patentización de nuestra realidad plena, de la que procede la energía que nos permite logrnos como personas. Esta ver-

dad debemos *vivirla*, al modo como vivimos una relación personal, la declamación de un poema, la interpretación o la audición creativa de una obra musical, la pertenencia viva a una institución, la inserción en un paisaje...

- Una persona integra en sí diversos campos de realidad —el afectivo, el profesional, el estético, el ético, el religioso...—; puede ofrecer posibilidades a otras personas y recibir las que le son ofrecidas; posee cierto poder de iniciativa...
- Un poema o una canción no son meros objetos; ofrecen posibilidades creativas a quien sea capaz de asumirlos activamente y crear con ellos modos fecundos de unidad.
- Algo semejante sucede con un instrumento musical y un vehículo —coche, avión, barco...—. Entre ellos y el hombre debidamente capacitado se puede establecer una forma de *unión operativa* que no sería posible si fueran meros objetos.
- Lo mismo sucede con una institución. Cuando decimos que alguien *pertenece* a la Iglesia, no indicamos que está adscrito a una realidad distinta de él, y distante, externa, extraña, ajena. Pertener implica *participar*: *vivir la Iglesia*, como se vive un poema, una canción, una obra literaria..., no sólo *vivir en la Iglesia*, como se vive en una casa. Esa forma

transitiva de vivir implica un modo de unión muy intensa y fecunda, pues la Iglesia constituye el impulso de nuestro obrar religioso, la meta de nuestra existencia de creyentes, nuestra razón de ser en el plano espiritual. Al asistir a un oficio litúrgico, el creyente *está en la iglesia* —ámbito físico consagrado al culto divino— porque se halla activamente incorporado a la Iglesia, es *Iglesia*, se halla vivificado por la vida de Jesús, que quiere formar con los creyentes un *ámbito de vida espiritual*, un *Cuerpo místico*.

Para captar hondamente la diferencia de «vivir en la Iglesia» y «vivir la Iglesia» conviene reflexionar sobre la diferencia de calidad que hay entre la experiencia de cumplir una orden recibida de una instancia externa y la de asumir interiormente una pauta de conducta porque intuimos que nos permite crecer como personas.

Al unirnos con este tipo fecundísimo de unión a las realidades de nuestro entorno, recibimos múltiples posibilidades para ser creativos en diferentes aspectos y dar lugar a diversas formas de encuentro. Entonces sentimos vivamente que *la verdad nos nutre*, que la realidad —tal como resplandece en nuestras vidas cuando la vivimos de este modo creativo, no meramente intelectual— es nuestra gran fuente de recursos para desarrollarnos como personas. Tener a mano tales recursos y ponerlos al servicio de la creación de modos generosos de unidad con los demás constituye la quintaesencia de

la *libertad creativa*. Por esta profunda razón se afirma en el Evangelio que *la verdad nos hace libres*. Y algo semejante cabe decir del bien, la justicia, la belleza...

El peculiar carácter *real* y *eficiente* de estos conceptos no se capta si damos por supuesto que sólo los objetos poseen un modo auténtico de realidad. Se percibe nítidamente cuando decidimos crear relaciones fecundas de encuentro con realidades que no son meros objetos sino ámbitos y, lejos de reducirlas a mero objeto de posesión, dominio y manejo, las respetamos y colaboramos con ellas para desarrollarnos conjuntamente.

La «vuelta al objeto» y el «retorno a las cosas mismas» que postuló Edmund Husserl, fundador de la fenomenología, implica un compromiso profundo con ese tipo de realidades con las cuales —por no ser meros objetos o cosas— podemos entreverar nuestro ámbito de vida y lograr modos de unión que nos elevan a lo mejor de nosotros mismos. Ese entreveramiento supone una actitud *creativa* por nuestra parte, como *sujetos* de tal actividad. Volver al «objeto» y retornar a las «cosas» supone prestar una atención creativa tal a las realidades «superobjetivas» o «ambitales» que superamos la reclusión «subjetivista» en nosotros mismos y la entrega «objetivista» a realidades con las que no podemos crear modos de unión fecundos para nuestra vida personal.

Esta superación simultánea del «objetivismo» y el «subjetivismo» nos permite liberarnos de la actitud «relativista»,

que frena actualmente o incluso destruye a menudo la vida intelectual y espiritual de niños y jóvenes. Ser «relativista» consiste en sostener que los juicios que emitimos o las valoraciones que hacemos dependen exclusivamente del modo de pensar, sentir y querer de cada uno de nosotros. No existe por tanto «la verdad» sino «las verdades», las de cada uno, y todos debemos respetar la verdad, el parecer, el punto de vista de los demás y no intentar imponerles el propio. Esta posición parece ser muy sólida porque subraya una parte de la verdad, a saber: *el conocimiento que tengo de algo implica mi actividad como sujeto pensante*. Sin mí no hay conocimiento alguno. Yo apporto mucho al conocimiento de las realidades. No me reduzco a tomar nota de cuanto éstas me digan de sí mismas. Ante esta posición relativista debemos destacar que el acto de conocer no es meramente pasivo. Es receptivo, pero no pasivo. Recibo activamente cuanto las realidades me revelan de su modo de ser. Pero eso que me revelan no son meros datos que registrar. Son posibilidades de vida que debo asumir a fin de crear con cada realidad una relación de encuentro, que es fuente de luz para conocer tal realidad en lo que es y en lo que llega a ser cuando se relaciona con un sujeto capaz de encontrarse con ella. Lo decisivo en el conocimiento no es ni el sujeto ni el objeto, sino la *relación que se establece entre ambos* [9].

Aprender a pensar de modo *relacional* nos da equilibrio, nos centra como personas, porque nos permite movernos entre los dos centros que deciden nuestro dinamismo personal: el centro que llamamos

«yo» y el centro que denominamos «tú», entendiendo por tal no sólo las otras personas sino todas las realidades que merecen el nombre de «ámbitos», por ser una fuente de iniciativa creadora para nosotros. Si tenemos en cuenta que el pleno desarrollo personal constituye nuestra meta, nuestro «bien», comprendemos la razón que asiste a Juan Pablo II cuando afirma que «el bien de la persona consiste en *estar* en la Verdad y en *realizar* la Verdad» [10].

Ahora podemos entender plenamente el alcance de la libertad humana. Ser libres como personas significa poder participar activamente en el proceso de realización del universo, que fue creado por amor y debe ser perfeccionado mediante la fundación amorosa de modos relevantes de unidad. Soy de verdad libre cuando actúo conforme a las exigencias de mi realidad personal, que está ensamblada de modo receptivo-activo en el conjunto de las realidades que me rodean. Tales exigencias las descubro en alguna medida merced a la luz que el Creador alumbra en mi interior, por haber sido creado a su imagen y semejanza. Dicha luz recibe, de antiguo, el nombre de *ley natural*.

La ley natural tiene un carácter *dinámico*; es la conciencia viva de que somos seres *relacionales*, pues venimos de un encuentro amoroso y estamos destinados a crear auténticas relaciones de amor en uno u otro orden. De lo cual se desprende que la ley, el amor, la libertad y el pleno desarrollo del ser humano se conectan de raíz en tal forma que «amar es cumplir la ley entera».

El descubrimiento del encuentro y sus exigencias

Al vivir experiencias *relacionales*, hacemos el descubrimiento personal de lo que es el encuentro. Éste no se reduce a mera cercanía, ni a mero choque. Es una vinculación de dos seres que se ofrecen diversas posibilidades para enriquecerse y crear un *campo de juego* común. Tienes un problema y solicitas mi ayuda. Me ofreces tus posibilidades de clarificar dicha cuestión; yo las *recibo activamente*, en cuanto las medito y te ofrezco las mías: inteligencia, capacidad de discernimiento, imaginación creadora, capaz de diseñar una solución. Este intercambio generoso de posibilidades crea un *campo operativo* común, en el cual se funda una relación de intimidad. Adentrarse en dicho campo significa encontrarse. El encuentro auténtico es un fenómeno creativo.

M. Heidegger se pregunta, al comienzo de la conferencia «La cosa» [11], cómo es posible que actualmente hayamos eliminado en buena medida las distancias pero apenas hayamos logrado *verdadera cercanía*. La razón estriba en que la cercanía personal debe ser creada mediante el cumplimiento de las exigencias del encuentro. En ese ámbito de cercanía se supera la escisión entre el dentro y el fuera, el aquí y el allí, lo mío y lo tuyo. Yo no estoy aquí y tú estás ahí, fuera de mí. Los dos estamos en un *campo de interacción*, de modo que tus problemas son mis problemas y tus gozos son mis gozos.

Este intercambio de posibilidades que

es el encuentro y la forma valiosísima de unión que funda no podemos realizarlos si no somos generosos, veraces, cordiales, fieles, pacientes, afanosos de compartir actividades que elevan nuestro ánimo.

- La generosidad nos lleva a abrirnos a otras realidades con voluntad de enriquecernos mutuamente.
- La veracidad nos presenta ante el otro como *fiabiles*, dignos de que *confíe* en nosotros porque le seremos *fieles*. Ello le mueve a hacernos *confidencias* y darse a conocer [12].
- La cordialidad lubrica las relaciones humanas, mientras la hosquedad las entorpece al máximo.
- La fidelidad no se reduce a mero aguante, actitud propia de muros y columnas (*nivel 1*). Implica la disposición a crear en cada momento de la vida lo que se ha prometido en un momento: por ejemplo, constituir un hogar (*nivel 2*).
- La paciencia tampoco se limita a aguantar; significa ajustarse a los ritmos naturales. La intimidad corpórea tiene un ritmo acelerable a voluntad. La intimidad espiritual o personal sigue un ritmo lento de maduración. Si, para obtener una rápida gratificación sensible y psicológica, pongo en juego la intimidad corpórea sin haber logrado todavía una verdadera intimidad personal —que im-

plica la disposición a crear una forma de unión estable y comprometida—, desajusto los ritmos naturales de mi realidad personal. Soy impaciente, y no logro armonizar dos formas de intimidad que se pertenecen mutuamente. Mi corporeidad me hará sentir en forma de inquietud interior que he abusado de ella; la he reducido a medio para mis fines, olvidando que está llamada por naturaleza a ser expresión fiel de la vida personal.

- Compartir actividades elevadas crea entre las personas modos de unión entrañables, fuentes de gozo—que es un sentimiento profundo—, aunque no siempre de goces—que son sensaciones gratificantes huidizas— [13].

El descubrimiento de los valores y las virtudes

Estas exigencias del encuentro —generosidad, veracidad, fidelidad...— encierran para nosotros un alto *valor* por cuanto nos permiten realizar diversos modos de encuentro y desarrollar, así, nuestra personalidad. Acabamos de descubrir en su génesis lo que son los *valores*.

Cuando asumimos los valores como formas de conducta, los convertimos en *virtudes*. En latín, *virtus* significa fuerza, capacidad. Las virtudes son capacidades para encontrarse. Todavía hoy denominados *virtuoso* de un instrumento musical a quien tiene una extrema pe-

ricia para convertirlo en medio de expresión artística.

Los *vicios*, por el contrario, son modos no valiosos de comportarnos porque frenan o anulan del todo nuestro desarrollo como personas.

El descubrimiento del ideal de la vida humana

Al vivir el encuentro, experimentamos por nosotros mismos los espléndidos *frutos* que reporta:

- energía espiritual y motivación profunda para ser creativos por encima de los avatares de la vida;
- una profunda alegría, sentimiento suscitado por la conciencia de estar en camino de plenitud;
- entusiasmo, gozo desbordante producido por el encuentro con una realidad muy valiosa;
- felicidad, sentimiento de plenitud que se manifiesta en sentimientos de paz y amparo interiores, de gozo festivo o júbilo. Siempre que hay encuentro, hay fiesta, y su alegría, entusiasmo y júbilo nadie ni nada puede arrebatárnoslo cuando vivimos el encuentro.

Al vernos enriquecidos de esta forma por el encuentro, descubrimos que éste constituye el valor más elevado de nuestra vida, es decir, nuestro *ideal*. El ideal no es una mera idea; es una *idea motriz* que impulsa nuestra vida y —si es un

ideal auténtico— le da pleno sentido. Un ideal falso también dinamiza nuestra existencia, puede darnos una fuerza indomable, pero nos vacía de sentido.

La existencia humana, vista a la luz del ideal

Descubrir el ideal significa alcanzar una alta cota desde la cual podemos ver en conjunto nuestra vida y comprender a fondo cada uno de sus aspectos. Veamos algunos de éstos:

1. *La libertad creativa.* La verdadera libertad no se reduce a liberarse de trabas externas. Consiste en distanciarse de las propias apetencias y elegir en cada momento las posibilidades que nos permiten realizar el ideal de nuestra vida. Esta forma de libertad presenta diversos grados según sea nuestra capacidad de liberarnos del apego a nuestros intereses. En la situación límite de un campo de concentración, varios reclusos son condenados a muerte. Al entrar en el calabozo donde van a morir de extenuación, uno de ellos se despidió entre sollozos de su mujer y sus hijos. Al oírlo, un prisionero se ofrece a morir por él. ¿Es concebible una libertad interior tan grande que sea capaz de distanciarse incluso del instinto de conservación de la vida? Sólo puede ser libre en tal grado quien esté tan identificado con el ideal de la unidad que todos los valores —incluso el de la propia vida— queden supeditados a su logro [14].

2. *La plenitud de sentido.* Nuestra vida está *bien orientada* y tiene, por tanto, *pleno sentido* cuando la ponemos al

servicio del verdadero ideal, que es el valor que ensambla todos los demás como una clave de bóveda. Una vida que corre en pos de un ideal falso puede tener fuerza e ímpetu pero carece de sentido, pues se halla descentrada y se vacía paulatinamente al no crear relaciones valiosas. Ese vacío existencial es causa de múltiples desarreglos psíquicos, como bien ha mostrado el psiquiatra vienés Víctor Frankl [15].

3. *El lenguaje y el silencio, vehículos del encuentro.* Lenguaje auténtico es aquel que no sólo sirve de *medio para* comunicarse sino de *medio en* el cual se establecen formas de encuentro. El hecho de que los seres humanos seamos «locuentes» significa que venimos del encuentro amoroso de nuestros padres, que nos «llamaron» a la existencia, y estamos «invitados» a crear nuevas formas de encuentro. El hecho mismo de poder ser apelados y responder nos insta desde nuestra primera infancia a movernos en el *nivel 2*, el de las relaciones personales, inspiradas en una actitud de generosidad, respeto y colaboración.

El silencio auténtico no se reduce a mera falta de sonidos; implica una actitud de atención a las realidades complejas, que son «nudos de relaciones». Las muchas palabras pueden distraer la atención. La actitud de silencio nos permite atender a diversos aspectos de la realidad al mismo tiempo y captar, así, la riqueza de las realidades y los acontecimientos que no están delimitados como los objetos sino que abarcan mucho campo por estar abiertos a otros acontecimientos y realidades.

Las palabras auténticas dan cuerpo y concreción a los ámbitos. Por eso a menudo poseen una insospechada fuerza expresiva, que nos lleva a exclamar: «¡No me lo digas; que lo que hace daño es el lenguaje!». Una palabra constructiva puede crear toda una vida. Una palabra destructiva puede deshacer toda una existencia. Cada palabra lleva en sí la vida de quien la pronuncia con autenticidad. Las palabras son, por ello, «moradas» en las que podemos y debemos inmergirnos para vivir del misterio que albergan.

El silencio auténtico es el *campo de resonancia* de la palabra auténtica. Por eso constituye el espacio natural de la contemplación poética, artística y religiosa. La palabra auténtica viene del silencio e invita al silencio. Antes de oír una obra musical valiosa, debemos recogerlos. Y tras la audición, nuestra sensibilidad nos pide dejar que la obra resuene durante un tiempo en nuestro interior. Algo semejante sucede, en otro nivel, con la lectura y la proclamación de la palabra revelada [16].

4. *Todos podemos y debemos ser creativos.* La creatividad no es una capacidad reservada a los genios, como suele pensarse desde el romanticismo. Ser creativo significa asumir activamente las posibilidades que nos ofrece el entorno para dar lugar a algo nuevo dotado de valor. Toda forma de encuentro implica creatividad. Miguel Ángel fue creativo al plasmar en la Capilla Sixtina el mundo religioso cuyas posibilidades expresivas había asumido. Una madre que amamanta a su hijo con ternura es eminentemente creativa porque teje con él la «urdimbre

afectiva» (J. Rof Carballo) que le va a permitir desarrollarse plenamente como persona. Colaborar a fundar modos de encuentro en el hogar, en el puesto de trabajo, en el centro académico... es una actividad rigurosamente creativa, no inferior —aunque menos espectacular— que las llamadas *creaciones artísticas*.

Al hacerse cargo de esta posibilidad creativa, millones de personas pueden superar graves situaciones de infraestima.

5. *Importancia del pensamiento relacional.* Todo ámbito tiende de por sí a relacionarse con otros. Si hemos de hacer justicia a la riqueza que implica, debemos pensar de modo relacional. El pan parece a primera vista un mero objeto por ser medible, pesable, asible, localizable en un lugar determinado. Pero es elaborado a base de *frutos* de la tierra: por ejemplo, el trigo. Una espiga de trigo no la *produce* el agricultor. Éste recibe de sus padres unos conocimientos agrícolas y unas semillas. Deposita éstas en la madre tierra y espera a que el océano evapore agua, se formen nubes, se rieguen los campos y, al fin, el sol dore la mies... Esta múltiple interrelación de elementos da lugar, un día, a que florezcan las espigas y obtengamos una cosecha de trigo. Esta cosecha es un *don*, no sólo el producto de nuestro trabajo. Por eso tiene un alto valor *simbólico*: remite a esa vinculación y se presta, por ello, a expresar de forma perfecta la unión entre una persona y el amigo que le invita a compartir con él el pan de la amistad.

El pensamiento relacional nos lleva, asimismo, a ver una sencilla ermita como

un punto de confluencia de todo cuanto existe: la «tierra», que facilitó los materiales de construcción y la base para edificar; el «cielo», que alberga la edificación y la ilumina con su luz; los «creyentes», que decidieron crear un punto de encuentro entre ellos y el Dios al que adoran y pusieron sus capacidades al servicio de esta empresa; la «divinidad» a la que se consagra la ermita. Al terminar las obras, estamos ante un «edificio», no ante una «ermita». Ésta surge, como templo, en el momento en que la comunidad de los fieles se reúne en ella y entra en relación orante con Dios. Por diminuta que sea, la ermita constituye un lugar de confluencia de todas las realidades existentes y adquiere, así, una dimensión infinita [17].

6. *Función decisiva de la afectividad y el «ordo amoris».* Al pensar de modo riguroso —concediendo a cada realidad todo su alcance— y vivir de forma creativa —comprometiéndose con las realidades que nos invitan a asumir activamente las posibilidades que nos ofrecen—, no sólo conocemos diversos seres y acontecimientos, sino que vibramos con el valor que encierran. Esta vibración es el *sentimiento*. Los sentimientos no se reducen a meras sensaciones, reacciones espontáneas de nuestra sensibilidad ante ciertos estímulos. Son los modos como nuestra persona entera vibra al percibir un valor. Los sonidos de un coral de Bach pueden «gustarme», ser agradables a mi sensibilidad. El coral, en su conjunto, hace vibrar toda mi persona, con su capacidad de captar su belleza, su expresividad, su unción religiosa, el horizonte de vida en plenitud que me abre. Esa vibración no se queda en sí misma, como

sucede con las meras sensaciones, por intensas que sean; remite a la realidad que la suscita.

Los sentimientos son una fuente de conocimiento y deben ser debidamente cultivados. Por eso, hemos de promover una auténtica «cultura del corazón», es decir, prestar la debida atención al centro espiritual en el que se decide nuestra adhesión al ideal de nuestra vida. Si deseamos firmemente este ideal, tendremos fuerza interna suficiente para dar a nuestra vida una orientación recta en toda circunstancia. De ahí se deriva una gran coherencia de vida, así como tenacidad, capacidad de sufrimiento, elevación de la mirada...

Conclusión

1. La superación de actitudes negativas

Al realizar los descubrimientos que deciden el desarrollo de nuestra vida personal, superamos diversas tendencias destructivas de la sociedad actual:

- Neutralizamos la *manipulación* al aprender a pensar con rigor y vivir creativamente. El manipulador enturbia nuestra mente para que no veamos cómo es posible ser creativos en la vida cotidiana y crecer como personas. El antídoto contra la manipulación consiste en estar alerta frente a este fenómeno degenerativo, pensar de forma aquilatada y ejercitar la vida creativa en todos los órdenes.
- El *reduccionismo* lo superamos al abrirnos, con asombro, a la riqueza

de nuestra realidad y de las realidades de nuestro entorno con las que debemos encontrarnos a fin de lograr un pleno desarrollo.

- La *superficialidad* en el tratamiento de las grandes cuestiones de la existencia queda desbordada al observar que nuestra vida personal es tanto más rica cuanto más valiosas son las realidades con las que nos encontramos.
- Al *intrusismo* renunciamos gozosamente cuando descubrimos la necesidad de hacer justicia a las distintas realidades si queremos encontrarnos rigurosamente con ellas.

2. La adquisición de habilidades decisivas para la vida

La experiencia reflexiva del encuentro y el ideal de la vida pone en forma nuestras potencias intelectuales, volitivas y sentimentales:

- Nos permite descubrir las leyes de nuestro desarrollo personal y la función que ejercen en la vida humana la mentira y la veracidad, el egoísmo y la generosidad, el lenguaje y el silencio, el encuentro y el ideal de la unidad...
- Nos da poder de discernimiento y nos capacita para dar razón de nuestra conducta moral y religiosa sin dejarnos manipular. En una discusión, por ejemplo, sobre el amor y la fidelidad conyugal ¿se advierte en las personas que han hecho cursos de religión que saben plantear el problema debida-

mente y dar claves lúcidas de orientación? Quienes han cursado sus estudios en un centro religioso debieran tener a este respecto un sello distintivo.

- Nos revela el valor del lenguaje, lo que significa proclamar la palabra, cómo se complementan la palabra y el silencio auténticos, qué significa que los seres humanos tengamos el don de la palabra —o, dicho con más rigor, *seamos locuentes*—. Merced a ello, podemos penetrar en el sentido de la palabra de la Escritura, vista como *palabra de vida*.
- Nos clarifica el sentido de los símbolos y los gestos simbólicos: partir el pan, ofrecer el vino, dar la paz, pedir perdón, suplicar... Comprender y vivir los acontecimientos simbólicos implica el arte de pensar de modo *relacional* —no *relativista*—.

3. La comprensión genética, endógena, de diversos temas decisivos en la enseñanza religiosa.

Para que niños y jóvenes adquieran un conocimiento profundo de la vida religiosa, han de descubrir *por sí mismos* el sentido radical de los temas siguientes:

- El lenguaje, su capacidad de crear vínculos, de comunicar no sólo contenidos sino sentimientos y anhelos. En una palabra dicha con el corazón se halla presente y actuante la vida de quien la pronuncia. La tarea primaria de la clase de religión —si no se reduce a facilitar ciertos datos, si es

capaz de adentrar a los alumnos en el conocimiento de la experiencia religiosa, que supone un modo elevado de encuentro— es suscitar la admiración de niños y jóvenes ante el poder expresivo de las palabras de la Sagrada Escritura, la Liturgia, los sacramentos y la oración privada.

- La expresividad peculiar de los gestos corpóreos, que adquieren en la acción litúrgica y sacramental una especial trascendencia.
- La importancia que encierra para nuestro equilibrio personal la convicción de que nuestra vida tiene *sentido*. El profesor de religión debe cuidarse de promover en los alumnos la capacidad de trascender lo inmediato y preocuparse de las realidades y acontecimientos que no son sensibles pero deciden la orientación de nuestra existencia.
- La fecundidad que tiene el amor personal oblativo, generoso, creativo. Sólo si niños y jóvenes viven por dentro la génesis del encuentro y descubren por sí mismos que su vida de personas depende de la cantidad y calidad de los encuentros que realizan, podrán comprender a fondo la doctrina cristiana del amor y su poder creativo de vida personal auténtica [18].
- La necesidad de descubrir que nuestra libertad interior y la vinculación incondicional al Creador se exigen mutuamente y se complementan. Cuando nos obligamos radicalmente al Dios todopoderoso que nos hizo libres, so-

mos en verdad libres con *libertad creativa*, de modo semejante a como el intérprete se siente libre interiormente al ser del todo fiel a la partitura. Somos libres para actuar creativamente si asumimos de forma lúcida y voluntaria las normas, reglas y preceptos que regulan nuestra actividad y la encauzan hacia el ideal verdadero de nuestra vida.

- La afinidad estructural de las cuatro grandes modalidades de experiencia humana —la estética, la ética, la metafísica y la religiosa—. Todas ellas coinciden en un rasgo básico; *vamos buscando una realidad valiosa en virtud de la energía que procede de ella misma*. Buscamos a Dios porque de alguna manera ya estamos en Él, y Él viene a nuestro encuentro y nos invita a una relación de amistad, a un compromiso de alianza. Si asumimos activamente esa posibilidad que Dios nos ofrece, tiene lugar el encuentro. Sin nuestra actitud de apertura y acogimiento, Dios no se nos revela. En buena medida, la revelación de Dios depende de nosotros, pero nosotros no somos dueños de esa revelación. En general, podemos decir que todo lo valioso se nos manifiesta cuando lo acogemos con amor, pero su valor no depende de nuestro arbitrio. En definitiva, su existencia es para nosotros un don, no un producto de nuestra imaginación creadora.
- Si sobrevolamos lo antedicho, advertimos que el método genético que hemos seguido permite dar a la clase de religión el *carácter experiencial* y el

espíritu relacional que se viene postulando últimamente. Los niños y los jóvenes no deben tanto *aprender* religión cuanto *hacer la experiencia viva de lo que significa religarse*, obligarse gozosamente a Quien nos creó libres e inteligentes para que reconozcamos su soberanía y nos convirtamos, así, en los reyes de la creación.

Dirección del autor: Alfonso López Quintás, c/ Madre de Dios, 39, 28016 Madrid.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 10. II.2002

Notas

- [1] «... En orden a situar la catequesis dentro del proceso evangelizador, podríamos describirla como: la etapa (o período intensivo) del proceso evangelizador en la que se capacita básicamente a los cristianos para entender, celebrar y vivir el Evangelio del Reino, al que han dado su adhesión, y para participar activamente en la realización de la comunidad eclesial y en el anuncio y difusión del Evangelio. Esta formación cristiana —integral y fundamental— tiene como meta la confesión de fe» Cf. *La catequesis de la comunidad* (1985), p. 20 (Comisión episcopal de enseñanza y catequesis, Madrid).
- [2] «La enseñanza de la Religión Católica como área escolar tiene unas características que la identifican como modalidad opcional de carácter confesional:

 - Exposición del núcleo esencial del pensamiento cristiano desde su propia experiencia creyente eclesial.
 - Diálogo abierto, respetuoso, crítico e interdisciplinar con las culturas y con las ciencias.
 - Apertura a la transcendencia y ofrecimiento de posibles respuestas a las cuestiones fundamentales de sentido de la vida con sus implicaciones éticas individuales y sociales»

Cfr. BESCANSÀ, M.^a JESÚS y ESTEBAN, CARLOS (1998) *El área de Religión en la LOGSE*, p. 82 (Madrid, PPC).

- [3] Cfr. *Briefe vom Comer See* (Cartas del lago de Como) (1927), p. 89 (Maguncia, M. Grünewald).
- [4] Cfr. HERRIGEL, H. (1928) *Das neue Denken*, (Berlín); STEINBÜCHEL, TH. (1936) *Der Umbruch des Denkens*, (Regensburg, Pustet); ROSENZWEIG, F. (1937) *Das neue Denken*, en *Kleinere Schriften* (Berlín, Schocken); GEBSER y otros (1957) *Die Welt in neuer Sicht* (Munich, Barth).
- [5] Sobre los ámbitos y las experiencias reversibles puede verse una amplia exposición en mis obras *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores* (1999) pp. 34-53, 101-125 (Madrid, BAC); *La tolerancia y la manipulación* (2001), pp. 40-43 (Madrid, Rialp).
- [6] Una descripción amplia de la experiencia de declamar un poema e interpretar una obra musical se halla en mi obra *Inteligencia creativa*, pp. 105-120.
- [7] Una forma concreta y precisa de realizar esta tarea la expongo ampliamente en mi obra *El espíritu de Europa. Claves para una reevangelización* (2000) pp. 135-196 (Madrid, Unión Editorial).
- [8] Esta idea es sostenida actualmente por la Biología más cualificada. Cfr. ROF CARBALLO, Juan (1973) *El hombre como encuentro* (Madrid, Alfaguara); (1977) *Violencia y temura* (Madrid, Prensa Española); CABADA CASTRO, Manuel (1994) *La vigencia del amor* (Madrid, San Pablo).
- [9] Sobre la importancia del «entre» véase M. BUBER (1964) *¿Qué es el hombre?* (México, FCE) p. 152.
- [10] Cfr. *Veritatis splendor* 64 a.
- [11] Cfr. *Vorträge und Aufsätze* (Conferencias y artículos) (1959) (Neske, Pfullingen).
- [12] Obsérvese que las palabras subrayadas proceden de una raíz latina común: *fid*.
- [13] El tema del encuentro, sus exigencias y sus frutos lo trato ampliamente en diversas obras: *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura* (1998) pp. 186 ss, 215-218 (Madrid, Rialp); *Inteligencia creativa* (1999) pp. 142-168 (Madrid, BAC).
- [14] Sobre los distintos modos de libertad, cfr. mi obra *El amor humano. Su sentido y su alcance* (1994) pp. 107-125 (Madrid, Edibesa).
- [15] Cf. *El hombre en busca de sentido* (1995) (Barcelona, Herder). Versión original: *Man's search of meaning. An introduction to logotherapy* (s.f.) (Pocket Books, Nueva York).

- [16] Sobre el admirable poder del lenguaje pueden verse amplias precisiones en mis obras *El poder del diálogo y del encuentro* (2ª1997) (BAC, Madrid); *Inteligencia creativa* (2ª1999) (BAC, Madrid).
- [17] La importancia del pensamiento relacional es destacada a lo largo de la obra *Inteligencia creativa*. Véanse, de modo especial, las pp. 289-299.
- [18] Pueden verse sobre esta cuestión mis obras: *El amor humano. Su sentido y su alcance*; *La formación para el amor. Tres diálogos entre jóvenes* (1995) (Madrid, San Pablo).

Resumen:

Fundamentación antropológica de la enseñanza religiosa

El conocimiento reflexivo y personal de la religión sólo se adquiere a través de la experiencia de obligación voluntaria y lúcida al Ser trascendente e infinito. Preparación indispensable para ello es que niños y jóvenes vivan la experiencia de crecer como personas abriéndose a las diferentes formas de encuentro y descubriendo de esa forma lo que son los valores, las virtudes y el ideal de la vida. Esta madurez personal dispone a niños y jóvenes para descubrir que la entrega religiosa, lejos de *alienarlos*, los eleva a lo mejor de sí mismos, les permite lograr todo el alcance que encierra germinalmente su condición de personas.

Descriptores: Enseñanza de la religión, bases antropológicas. Actitudes vitales: encuentro y dominio. Ideales humanos. Compromiso con la virtud. Búsqueda de sentido.

Summary:

Anthropological bases for religious education

The thoughtful and personal knowledge of religion is only acquired through the experience of the free and lucid obligation to the transcendent and infinite Being. Children and young men and women need an essential education so that they can live and grow up with an open vision of life, thus learning different ways of meeting new people and therefore discovering which are the values, virtues and ideals of life.

This personal maturity provides children and young people with an aptitude to find out that the religious commitment, far from alienating them, encourage them to get the best of themselves and to achieve the maximum growth of their condition of being persons.

Key Words: Religious Education. Anthropological Bases. Vital attitudes: Human ideals and the meaning of life. Virtue and human life.